

PROGRESO Y RETROCESO: REPENSAR EL COSTUMBRISMO COMO UN JANO BIFRONTE

PROGRESS AND REGRESSION: RETHINKING *COSTUMBRISMO*
AS A JANUS BIFRONS

Ana PEÑAS RUIZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

apenas@flog.uned.es

Resumen: En este trabajo se examinan las ambivalencias ontológicas, temáticas e ideológicas que han afectado a la crítica del costumbrismo, concebido este como exploración de la identidad cultural mediante la fragmentación y textualización de unidades mínimas de significado (costumbres, tipos sociales o espacios urbanos, entre otros). Se expone cómo la comprensión del fenómeno en su conjunto se ha visto mediada por la contraposición radical entre dos supuestas formas enfrentadas de entenderlo y practicarlo: las de dos escritores paradigmáticos, Mariano José de Larra y Ramón de Mesonero Romanos, conceptualizados como representantes de la oposición entre progresismo y tradicionalismo, respectivamente. Los artículos de costumbres analizados permitirán formular algunas observaciones sobre las relaciones entre costumbrismo, conservadurismo y nacionalismo que contribuyen a contemplar bajo una nueva perspectiva ese dualismo crítico y, en definitiva, a repensar el costumbrismo desde las paradojas inherentes a toda expresión artística de la Modernidad.

Palabras clave: Costumbrismo. Conservadurismo. Nacionalismo. Antropología cultural. Semiótica de la cultura.

Abstract: This article examines the ontological, thematic, and ideological ambivalences that have affected the critique of *costumbrismo*, conceived from a semiotic point of view as an exploration of cultural identity through the fragmentation and textualization of minimal units of meaning (customs, social types, or urban spaces, among others). It exposes how the understanding of the phenomenon as a whole has been mediated by the radical opposition between two supposedly opposed ways of understanding and practicing it: those of two paradigmatic writers, Mariano José de Larra and Ramón de Mesonero Romanos, conceptualized as representatives of the opposition between progress and tradition. The analyzed texts will allow us to formulate some observations on the relationships between *costumbrismo*, conservatism and nationalism that contribute to contemplate this critical dualism and, ultimately, to rethink *costumbrismo* from the paradoxes inherent to all artistic expression of Modernity.

Keywords: *Costumbrismo*. Conservatism. Nationalism. Cultural Anthropology. Semiotics of Culture.

1. INTRODUCCIÓN: AMBIVALENCIAS DEL COSTUMBRISMO

Juan Antonio Ríos Carratalá ha escrito sobre el costumbrismo que “no nace ni muere, se transforma” (2004: 301). Sin embargo, no es el costumbrismo en sí, sino la representación literaria de las costumbres lo que resulta tan antiguo como la literatura misma, pues se basa tanto en la poética de lo cotidiano como en la representación social e individual (del entorno y de uno mismo, por confrontación a otros entornos y grupos, es decir, al “otro”)¹. En este sentido, el costumbrismo tiene como elemento axial las costumbres como forma de exploración de la identidad cultural, entendida esta como “las diferentes construcciones de sentido que sobre sí mismos producen colectivos de personas, comunidades, habitantes de ciudades, de regiones, de naciones, entre otros”, una “construcción semiótica particular acerca de la noción *nosotros*, que se transforma históricamente” (Altez, 2016: 65). Así, el costumbrismo conecta con “el impulso que subyace tras el desarrollo de la antropología cultural” y que “es probablemente tan antiguo como nuestra especie”, esto es, el hecho de que “los miembros de diferentes grupos humanos han tenido siempre curiosidad por las costumbres y tradiciones de los extraños” (Harris, 2001: 181).

El artículo de costumbres es una de las manifestaciones concretas del costumbrismo, pero este abarca formulaciones expresivas diversas, que son signo y síntoma de la realidad que describe mediante una red de significaciones: colecciones de cuadros urbanos y de tipos sociales, fisiologías literarias, novelas, sainetes o pliegos de cordel, entre otras, así como lienzos, grabados y estampas que inundaron la literatura, el teatro y las artes en las décadas de 1830 y 1840. Por medio de la fragmentación en unidades mínimas de significado de las costumbres, los tipos profesionales, los espacios urbanos, los objetos o las instituciones sociales (el aguinaldo, el portero, los jardines públicos, las casas, el matrimonio...), los escritores de costumbres, con independencia del molde genérico del que se sirvan, textualizan prácticas sociales y culturales, y ofrecen una experiencia de la contemporaneidad, o de la contemporaneidad leída en contrapunto a la tradición (Peñas Ruiz, 2012: 440).

El humor, la figuración satírica, el hibridismo discursivo (mediante lenguajes prestados de disciplinas artísticas, como la pintura, o científicas y pseudocientíficas, como la historia natural o la fisiología), así como el método analítico-descriptivo, considerado como instrumento de aprehensión de la realidad o un sistema semiótico basado en la interacción de códigos (el texto y la imagen), son herramientas que permiten a los costumbristas desplegar detalladas representaciones de la realidad que prefiguran las preocupaciones de la posterior antropología cultural por sondear las profundidades de los lenguajes y las prácticas sociales mediante la observación y la descripción de prácticas y discursos en torno a las costumbres y a la historia de la vida cotidiana (Peñas Ruiz, 2011).

¹ No obstante, en su formulación moderna, basada en la mimesis costumbrista (Escobar, 1988), sí es un fenómeno reciente, vinculado a los conceptos de sociedad civil y, posteriormente, sociedad burguesa. Véase Peñas Ruiz (2014).

Desde este punto de vista, la praxis costumbrista, como parte de un proceso intersemiótico e interdiscursivo, puede analizarse a la luz de la semiótica de la cultura (Zavala, 1991: 242) y de lo cotidiano. Asimismo, es posible su consideración desde la sociología y la historia cultural, que desde hace unas décadas vienen interesándose, precisamente, por esta temática; así lo evidencian trabajos clásicos como *La invención de lo cotidiano*, de Michel de Certeau (1980), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, de Erving Goffman (1997) y *El proceso de la civilización*, de Norbert Elias (1988).

Si la cultura, es, como apunta Clifford Geertz, una “trama de significaciones en donde los hombres se encuentran insertos” (en Altez, 2016: 65), el costumbrismo atesora un valor esencial para la antropología cultural, en tanto despliega en el ámbito de la literatura preguntas de interés como “¿qué piensan los individuos acerca de sí mismos?, ¿cómo se definen y cómo reconocen a los demás / otredad?... entre otras inquietudes que darían primacía a la noción de identidad en tanto construcción semiótica” (Altez, 2016: 65). Sin embargo, el costumbrismo no siempre ha ido acompañado de la necesaria revisión crítica que la dimensión histórica y discursiva de todo producto cultural requiere y ello se ha debido, en gran medida, a la “prejuiciada utilización” de “costumbrista” y “costumbrismo”, un término este último “que, como el sainete o lo sainetesco, a menudo más que definir valora negativamente la obra a la que es asociado”, como acertó a señalar Ríos Carratalá (2004: 301).

Este escaso prestigio del costumbrismo deriva del descrédito de la costumbre misma como materia literaria, considerada por muchos como “lo baladí, lo sin valor, lo insignificante”, en palabras de José Ortega y Gasset, quien también calificó a los escritores de costumbres como “ilotas de la república poética” (1966: 180). Muy al contrario, el costumbrismo ofrece una riqueza semiótica y poética que emana de las múltiples posibilidades que ofrece su estudio desde distintas ramas de la teoría cultural: desde el análisis semiótico de los artículos de costumbres (singularmente interesante desde una dimensión transnacional y transcultural), desde la cultura popular (aleluyas, literatura de cordel...) y desde la antropología cultural (análisis de las costumbres en conexión con conceptos tales como *tradición* y *hábito*²; finalmente, desde una perspectiva sociológica y etnográfica, análisis de la costumbre como materia literaria, en contrapunto con los modos de producción modernos propiciados por la revolución de la prensa escrita y con los cambios de paradigmas visuales y cognoscitivos, especialmente la eclosión de la ilustración, paralela a la explosión de artículos de costumbres en la prensa española y europea, a comienzos del XIX.

En las siguientes páginas se examinarán las ambivalencias ontológicas, temáticas e ideológicas que han afectado a la crítica del costumbrismo, y expondré cómo la comprensión del fenómeno en su conjunto se ha visto mediada por la contraposición radical entre dos supuestas formas enfrentadas de entenderlo y practicarlo: las de dos

² La categoría de *habitus*, en tanto “sistema de disposiciones”, tal como la concibe por Pierre Bourdieu (1995: 394), resulta especialmente interesante a la hora de abordar, en su relación con la “costumbre”, los conceptos de “hábito” y de “tradición” desde la sociología de la cultura más reciente.

escritores paradigmáticos, Mariano José de Larra y Ramón de Mesonero Romanos, concebidos como representantes de la oposición entre progreso y tradición, respectivamente. Algunas observaciones que se formularán a continuación sobre las relaciones entre costumbrismo, conservadurismo y nacionalismo permitirán repensar ese dualismo crítico para, en definitiva, reconsiderar el costumbrismo desde las paradojas inherentes a toda expresión artística de la modernidad.

2. AMBIVALENCIAS DEL COSTUMBRISMO

Desde sus inicios como categoría crítica, e incluso antes de nacer como tal, el costumbrismo literario se ha ubicado ontológica y temáticamente en un territorio ambivalente y fronterizo, lo que ha generado ciertas paradojas que han afectado a su interpretación crítica y a su consideración estética.

Si se atiende a su estatuto ontológico, el costumbrismo en literatura se ubica a caballo entre lo factual y lo ficcional, lo que ha determinado el estatuto híbrido que caracteriza su peculiar poética: por un lado, los artículos de costumbres se leen como textos literarios exponentes de una estética y de una sensibilidad literaria determinada; por otro, se han llegado a contemplar también como documento o testimonio histórico, en tanto reflejo de una suerte de biografía social de la nación.

Considerado desde el punto de vista temático, el costumbrismo aborda una materia que es, en sí misma, ambivalente, pues *la costumbre* atesora una doble función: como “justificación de un orden establecido y/o como elemento de resistencia” (Bravo, 2005: 483)³. En efecto, las costumbres pueden erigirse como símbolo del cambio, pero también, por contra, como emblema de esencias inmanentes, lo que permite que puedan apropiarse fácilmente desde muy diferentes posiciones ideológicas en distintos contextos históricos. Así, en virtud de este dualismo, desde un punto de vista político el costumbrismo se ha asociado eminentemente al conservadurismo (pese a no ser conservador en todas sus formulaciones), mientras que estéticamente se ha solido interpretar como literatura carente de valor, “popular” en un sentido peyorativo.

Ideológicamente, el costumbrismo se ha solido interpretar como una expresión estética del conservadurismo en lo que este tiene de vínculo con el nacionalismo, preocupado por la preservación de la identidad colectiva, y con el tradicionalismo en tanto garante de esa identidad. Precisamente, el pensamiento conservador pudo arraigar con fuerza a partir de las *Reflections on the Revolution in France* (1790) de Edmund Burke, en parte porque ya existía previamente una “veta sustancial de un tradicionalismo tanto de principio como de sentimiento que se había desarrollado en Europa occidental a lo largo del siglo XVIII” (Nisbet, 1995: 14-15), una corriente que, encabezada por teólogos, filósofos y escritores contrarrevolucionarios, apelaba a las tradiciones para combatir las ideas y propuestas de los filósofos de la Ilustración. Es en este escenario donde asoma la

³ La cita concluye “de las clases populares”, pero puede hablarse de una resistencia al cambio en sentido amplio y con carácter general.

pugna entre lo antiguo, vinculado con la tradición, y lo nuevo, asociado al progreso, un choque que no es inherente al caso español:

Al mismo tiempo que se expandía el cosmopolitismo de la Ilustración, además de la Iglesia, en toda Europa occidental las ciudades históricas y las corporaciones se volvían cada vez más hacia sus propias historias, oficios, tradiciones, santos, héroes y gobiernos. Hubo poetas, compositores, actores, artistas, artesanos, analistas y cronistas muy satisfechos al trabajar con materiales de sus propias comunidades en vez de ir a las capitales europeas en busca de fama y fortuna. La búsqueda de dialectos autóctonos, literatura popular, artistas de todos los campos ignorados durante mucho tiempo, héroes militares del pasado lejano, y otros parecidos estaba en pleno apogeo a mediados del siglo XVIII en muchos lugares de Alemania (Nisbet, 1995: 15).

Ahora bien, cuando el costumbrismo emerge en los periódicos españoles de finales de 1820 y principios de 1830 lo hace no mirando hacia la Edad Media, ni hacia héroes nacionales del pasado, sino hacia la clase media del presente inmediato, es decir, asoma como literatura de costumbres moderna y como un nuevo “modo de escribir” que, ya desde sus orígenes dieciochescos, era “literatura urbana, literatura que tiene por objeto la vida de la ciudad” (Escobar, 1976: 110). Así la cultivaron la mayoría de los primeros articulistas, como Mariano José de Larra o Ramón de Mesonero Romanos, a partir de 1828; solo después el género derivaría “al folclorismo regionalista, a la valoración del campo frente a la ciudad como reacción ideológica a la civilización urbana de la modernidad” (Escobar, 1976: 110). Es esta, precisamente, la vertiente del costumbrismo que se ha asociado a la nostalgia y al regionalismo, si bien en sus orígenes el costumbrismo ni se ceñía en la tradición, ni pretendía ser un registro de asuntos populares: su objetivo era representar a la clase media y “lo particular y local de las circunstancias sociales” (Escobar, 1976: 110), ofreciendo una nueva mirada sobre la realidad española (o, por mejor decir, sobre una parte de esa realidad: la coincidente con esa clase media).

Precisamente esta nueva perspectiva crítica en torno al costumbrismo, de la que fue pionero José Escobar ya desde sus tempranos estudios de los años 70, inició una nueva corriente que ha permitido subvertir la concepción tradicional en torno al costumbrismo para contemplarlo bajo una nueva luz, considerado ahora como una renovación interna de la literatura dieciochesca frente al clasicismo y academicismo imperantes, así como una aportación a la estética literaria moderna (Peñas Ruiz, 2016; Espejo-Saavedra, 2015; Thion Soriano-Mollá, 2013; Álvarez Barrientos, 2000). Bajo este prisma, la atención a las costumbres por parte de determinados escritores se ha comenzado a entender no solo como un deseo de preservar la identidad nacional, sino también como instrumento para impulsar un cambio, en el contexto de una imprescindible necesidad de modernización del país; ambos objetivos no son incompatibles, como tampoco resulta contradictorio practicar el costumbrismo a la vez que se defiende un proyecto de nación desde el pensamiento progresista. Autores como Mariano José de Larra, Ángel Iznardi y otros son exponentes de ese costumbrismo preocupado por el progreso y vinculado con el liberalismo desde el punto de vista ideológico. Ahora bien, tal como ha señalado

Torrecilla, citando textos de Blanco White y del propio Larra, “el problema tenía dos caras, ya que, si bien es indudable que las fuerzas conservadoras pretendían monopolizar la identidad nacional, también es cierto que los liberales se sentían más identificados con los valores e ideas de otros países” (2016: 33), aunque a menudo lo negaran para defenderse de las críticas de antiespañolismo de sus enemigos.

Más allá de esta renovada visión, en todo caso, todavía resiste una interpretación crítica del costumbrismo que lo escinde tajantemente en dos escuelas, encarnadas en dos representantes contrapuestos: el costumbrismo festivo y conservador de Mesonero frente al costumbrismo crítico progresista de Larra. Pese a que el dualismo pueda concebirse como “esa primera puerta que permite escaparse del corral de la simplificación” (Guillén, 1994: 121), en este contexto, paradójicamente, ha derivado en una reducción crítica que oculta un panorama más complejo. Tal visión dual ha sido perpetuada sin apenas cuestionamiento y viene a representar la dicotomía tradicional (también presente en la crítica del costumbrismo clásica y contemporánea) entre tradición y progreso. En las siguientes páginas se ofrecen algunas reflexiones con el objetivo de repensar esta interpretación crítica y de cuestionar la validez y pertinencia de tales oposiciones radicales.

3. MESONERO ROMANOS, LARRA Y LA ESCISIÓN DEL COSTUMBRISMO

Las ambivalencias del costumbrismo y sus valores ideológicos encontrados permiten entender parcialmente la profunda escisión que se ha operado en la crítica del costumbrismo desde el siglo XIX hasta la actualidad, una escisión que se ha encarnado en las dos figuras simbólicas del costumbrismo decimonónico: Larra y Mesonero Romanos.

La articulación de dos costumbrismos representados en estos dos escritores se ha construido y sostenido en virtud de razones tanto políticas como literarias. Por un lado, ese estatus híbrido propio del costumbrismo, su posición liminar entre el progresismo y el conservadurismo ha servido como pretexto a una parte de la crítica para levantar un muro insalvable entre estos dos escritores mediante una operación que, de hecho, encubre una manipulación ética y estética.

Las acciones políticas de Larra⁴, y sus magistrales dotes para la sátira le han convertido en un exponente de una tendencia de costumbrismo progresista que casi podría decirse que nace y muere con el propio Larra. Se contempla, así, como un caso aislado dentro de esta corriente, cuando no se le niega el carácter mismo de escritor costumbrista⁵.

⁴ Mediante la pluma, con sus escritos, o bien mediante la acción, durante su brevísimo cargo como diputado por Ávila (Varela Iglesias, 1979).

⁵ Es sabido, sin embargo, que Larra no es un caso único. Recuérdese, por ejemplo, la figura de Ángel Iznardi, *El Mirón*, quien militó en las filas del liberalismo progresista y escribió artículos de costumbres políticas con una acusada voluntad crítica en periódicos como *El Correo Literario y Mercantil* o el *Eco del*

Mesonero Romanos, por su parte, ha quedado como exponente del costumbrismo conservador, castizo, tradicionalista, descriptivo, además de como escritor imparcial, siempre al margen de la política; una imagen, esta, cuidadosamente construida por el autor y que puede contradecirse fácilmente a poco que se profundice con mirada crítica en su vida y su obra, como han mostrado algunos estudios (Peñas Ruiz, 2015; Fernández Fernández, 1997).

Por otro lado, buena parte de la crítica no siempre ha valorado, e incluso ha olvidado, la importancia de la sátira en la poética costumbrista (Álvarez Barrientos, 2013; Peñas Ruiz, 2009), lo que también ha contribuido en gran medida a ensanchar la distancia entre ambos autores. Así, la imagen más generalizada hoy día es la de un Larra mordaz y satírico frente a un Mesonero amable y festivo: el autor crítico frente al cronista. En suma, de un lado, Larra y Mesonero son el paradigma de los dos valores ideológicos que pueden sustentar los escritos costumbristas (progresista, ergo político, y conservador, ergo folclorista), a la par que representan el estatus ambivalente de la expresión artística costumbrista.

Sin embargo, es preciso plantearse esta escisión tajante, que no puede asumirse sin más, sin atender a los claroscuros que se advierten en este cuadro. Baste recordar, por citar algunos ejemplos, que el pensamiento del Larra voluntario realista de 1825 dista mucho de la del Larra progresista y radical de 1836; que ese supuesto carácter apolítico de Mesonero no es más que una imagen autorial, una autorrepresentación interesada (Peñas Ruiz, 2015) o que la sátira está presente también en los escritos del *Curioso Parlante* y en sus discursos tempranos sobre su escritura. Sin embargo, la herencia crítica y la historia literaria tradicional retienen y perpetúan imágenes más simples, sin fisuras: para el imaginario literario colectivo, Larra siempre será el mordaz y oscuro *Fígaro* y Mesonero Romanos siempre será el feliz y bonachón *Curioso Parlante*. Se trata de una división reduccionista en la que se omiten factores que inciden directamente en los escritores y en sus obras, como la permeabilidad e inestabilidad de las actitudes e ideas políticas o los procesos de construcción de la poética personal de todo autor, siempre mediados por el contexto, que abarca desde las circunstancias sociales, económicas o políticas hasta las estéticas y artísticas. En el caso de los autores que nos ocupan, la obra de Mesonero Romanos no puede entenderse si no es leída en contrapunto con la de Larra, no solo porque se parecen mucho más de lo que al autor de las *Escenas matritenses* (siempre preocupado por marcar distancias) le habría gustado reconocer, sino porque también coincidieron, pese a sus enormes diferencias ideológicas y de temperamento, en muchos puntos. Así lo ha hecho ver Andreu Miralles (2016), quien precisamente toma las figuras de Larra y Mesonero, por un lado, y de Fernán Caballero y Ayguals de Yzco, por otro, para evidenciar los problemas interpretativos que arrastra la polarización radical entre casticismo y europeísmo o tradición y modernidad. Precisamente, sobre *Fígaro* y

Comercio. Puede verse al respecto Escobar (1998). Por otro lado, negar a Larra el carácter de escritor costumbrista se debe a la consideración peyorativa que aún hoy arrastra el costumbrismo, considerado por muchos como ajeno a los conceptos de crítica o de progresismo.

El Curioso Parlante señala cómo “ambos negaron que el carácter nacional fuese una ‘esencia’ inmutable”, ofreciendo en sus artículos de costumbres un reflejo de las transformaciones que estaban operando en España y los españoles, y que “ambos depositaron sus esperanzas en las clases medias urbanas ascendentes, las que más se equiparaban con las protagonistas en toda Europa del progreso y la modernidad” y que representaban el verdadero carácter nacional (Andreu Miralles, 2016: 209).

Estos hechos que venimos comentando se han de tener en cuenta en una reinterpretación de la figura de Ramón de Mesonero Romanos para revisar la bibliografía en torno a su figura y cuestionar la imagen que hasta ahora se tiene de él; una imagen profundamente marcada por el propio relato que fijó en sus textos, desde su presentación como *El Curioso Parlante* en *La Revista Española* en 1832 hasta sus *Memorias de un setentón* casi cuarenta años después, a finales de la década de los 70. De un lado, urge justipreciar la modernidad estética de su producción costumbrista temprana, lejos del tradicionalismo estrecho al que suele reducirse, así como su actividad como gestor cultural y sus iniciativas urbanísticas (una labor que todavía hoy merece recordarse). De otro, conviene no olvidar las dualidades que se reflejan en la persona y en el personaje, desde la cuidadosa construcción de su imagen de autor (Peñas Ruiz 2015; Dorca, 2018) hasta, en íntima conexión con ella, la obsesiva afirmación de ser un escritor que se mantiene al margen de la política cuando su vida y obra evidencian lo contrario: de hecho, practica el apoliticismo, o la ocultación de la identidad política, como forma de radical acción política, que en su caso pasa por contribuir a la construcción del proyecto nacional liberal desde el moderantismo.

Esto constituye, en todo caso, materia para otro trabajo. Lo que se pretende manifestar ahora es que esta aproximación enfrentada y confrontada de Mesonero Romanos y Larra (que obvia, además, a Estébanez Calderón y los matices que introduce su singular praxis) no es más que una simplificación crítica de la ideología subyacente al costumbrismo de los años 30 y 40 del siglo XIX, los de promoción e institucionalización del artículo de costumbres en España (Peñas Ruiz, 2014) y de construcción del mito romántico de España (Andreu Miralles, 2016). A continuación, veremos la dificultad de interpretar artefactos literarios tan escurridizos de por sí como los artículos de costumbres desde la rigidez de las etiquetas políticas unívocas.

4. COSTUMBRISMO, CONSERVADURISMO, NACIONALISMO

Se han mencionado en la primera parte algunas complejidades y paradojas del costumbrismo y se ha expuesto en la segunda cómo se ha construido una concepción dual en torno a sus dos autores paradigmáticos, Larra y Mesonero, a partir de esas ambivalencias que el costumbrismo presenta estética e ideológicamente (politicismo frente a apoliticismo, conservadurismo frente a progresismo, intención crítica y satírica frente a pintoresquismo y valor documental). Sin embargo, en este contexto y a la hora de analizar los vínculos entre costumbrismo y conservadurismo hay que considerar la

incorporación de un nuevo concepto, el de nacionalismo, que viene a complicar aún más el estatus ambivalente del costumbrismo.

Costumbrismo, conservadurismo y nacionalismo se han interpretado por igual como fruto del choque entre lo antiguo y lo nuevo, entre tradición y modernidad. Esta oposición, que se apunta como uno de los principales núcleos temáticos del costumbrismo, se encuentra en la base del pensamiento tanto conservador como nacionalista y es un permanente escenario de confrontación ideológica.

En el marco de la construcción política de la nación, la historia, las artes, la literatura y, en definitiva, la cultura resultaban fundamentales (Álvarez Junco, 2009). El costumbrismo actuó como foco difusor de la imagen nacional a través del artículo de costumbres y de otras formas de expresión como grabados, cuadros, etc., colaborando con la construcción del imaginario nacional a través de libros, periódicos y revistas ilustradas que “crearon imágenes, visuales y escritas, del territorio nacional, de su historia, de sus paisajes, de sus ciudades, de sus costumbres, de sus tipos populares... Delimitaron lo que era nacional y lo que no” (Pérez Vejo, 2003: 305). Los tipos sociales representados en las colecciones costumbristas y en los artículos de costumbres contribuyeron a generar esa “forma nacional de autorretratarse” a la que alude Francisco Calvo Serraller y que “fue componiendo el mapa de todas las identidades artísticas nacionales” (2005: 160).

En este escenario, lo costumbrista fue para el siglo XIX, del mismo modo que lo barroco para el XVII, un “referente desde el que asentar un carácter y una identidad nacionales” (Álvarez Barrientos, 2004: 21); constituyó una forma de “afiliación nacional” (Bhabha, 1990: 292). De hecho, su éxito durante la primera mitad del siglo XIX se debió en parte a dos corrientes hondamente conectadas que estudió en su momento Javier Herrero al analizar la esencia del costumbrismo: por un lado, “la profundización del sentimiento nacionalista”; por otro, “la conmoción espiritual producida por las guerras napoleónicas y las transformaciones sociales que las siguieron” (1978: 344). En esta profunda crisis, la literatura costumbrista permitía crear y consolidar una imagen nacional, asentarla en una tradición y ordenar taxonómicamente la sociedad, sus clases, sus costumbres (Pla Vivas, 2001), es decir, procuraba a nivel textual un orden y una unidad nacional solo aparentes en un país profundamente sacudido por los vaivenes políticos.

En este contexto de construcción de un relato cultural para sostener la idea de nación, el costumbrismo se activa en la década de 1830 como elemento de combate, como “arma política”, tal como expuso Ferreras con respecto a la crítica de costumbres extranjeras, “y esta politización es ante todo nueva” (1973: 130-131), ya que está totalmente ausente en la formulación dieciochesca de esta literatura. Susan Kirkpatrick también apuntó la potente dimensión instrumental del costumbrismo como manifestación ideológica de la nueva sociedad burguesa y como literatura al servicio de la clase social cuyos intereses y

perspectiva representaba (1978: 31), es decir, la clase media⁶. Por su parte, José Escobar, en la misma línea, puso de manifiesto que en la prensa del periodo “el nacionalismo españolista encuentra en el costumbrismo local un modo de expresar una visión conservadora y nostálgica de una España que se va. Por eso el costumbrismo que prevalece es una expresión del casticismo” (1996: 125). Desde este punto de vista, el costumbrismo se utilizó “para enfrentarse al liberalismo que parecía querer disolver los diferentes ‘espíritus nacionales’, sustentados en los ‘auténticos’ valores patrios” (Álvarez Barrientos, 2000: 3) y quedó “condenado a ser nacionalista, castizo y complaciente” a pesar de haber nacido con un espíritu totalmente diferente, esto es, con una “perspectiva renovadora y europea” (2000: 3); en paralelo, el conservadurismo, que monopolizaba en gran medida el concepto de lo español, desprestigiaba las actitudes modernizadoras para apoyar su inmovilismo (Torrecilla, 2016: 209).

Esta renovación se aprecia más claramente en el ámbito estético, tanto en arte como en literatura, pues el costumbrismo rompió con el clasicismo y promulgó una nueva forma de entender la mimesis artística (la *mimesis costumbrista*), interesada no ya en la naturaleza, sino el escenario de la sociedad y el hombre que en ella actúa, como en su momento demostró Escobar (1988). En efecto, tanto la literatura como la pintura de costumbres descienden de los “grandes temas” a la vida cotidiana, a la esfera de la sociabilidad burguesa y de las clases populares: “representaban la modernidad estética del momento frente al académico y frío neoclasicismo” (Álvarez Barrientos, 1998: 12), lo que incomodaba al sector de la crítica más ortodoxo y reacio al cambio, que veía en ellas, cuando tenía a bien considerarlas, “cuadritos” festivos y amables. Consideradas en su contexto, por tanto, estas expresiones eran síntomas de una nueva concepción estética, no exponentes de un conservadurismo artístico que se les suele atribuir distorsionadora y retrospectivamente (Peñas Ruiz, 2011).

Las ambivalencias que se vienen examinando han convertido al costumbrismo en una suerte de Jano, dios romano bifronte que mira simultáneamente hacia el pasado y hacia el presente, a la tradición y a la modernidad. Significativamente, del mismo modo ha sido etiquetado el nacionalismo: en un artículo clásico⁷, Tom Nairn lo bautizaba como “Jano moderno” en virtud de su esencia “moralmente, políticamente y humanamente ambigua” (1975: 3). Ello es así porque se sostiene mediante un juego de contrarios, ya que implica un avance hacia el futuro, por un lado, mientras que por otro requiere siempre de una mirada al pasado para poder avanzar:

The substance of nationalism as such is always morally, politically, humanly ambiguous. [...] nationalism can in this sense be pictured as like the old Roman god Janus, who stood

⁶ Así lo expresaba Kirkpatrick: “an ideological manifestation of the transition to modern, bourgeois society, expressing, among other things, the perspective and will of the class whose interest it served” (1978: 31).

⁷ Este artículo, aparecido en *New Left Review* en el año 1975, constituye el germen del libro de Nairn *The Break-up of Britain. Crisis and Neo-Nationalism*, de 1977, un clásico de la historiografía del nacionalismo que ha contado con múltiples ediciones. Dos décadas después, en 1997, Nairn revisó sus planteamientos en *Faces of Nationalism. Janus Revisited*.

above gateways with one face look forward and one backwards. Thus, does nationalism stand over the passage to modernity, for human society. As humankind is forced through its strait doorway, it must look desperately back into the past, to gather strength wherever it can be found for the ordeal of “development” (Nairn, 1975: 3).

En efecto, las sociedades intentan conquistar la modernidad a través de elementos que tienen como base una mirada al pasado (nostálgica, por lo común, pero no necesariamente), tales como la tradición, los mitos y héroes populares, la historia compartida, lo local y autóctono, etc., por lo que para hacerse efectivo el progreso social se requiere, paradójicamente, de un cierto “retroceso”:

[I]t is through nationalism that societies try to propel themselves forward to a certain kind of goal (industrialization, prosperity, equality with other people, etc.) *by a certain sort of regression*—by looking inwards, drawing more deeply upon their indigenous resources, resurrecting past folk-heroes and myths about themselves and so on (Nairn, 1981: 348).

Al igual que sucede al nacionalismo en la esfera política, en la esfera literaria el costumbrismo hubo de luchar siempre entre dos fuerzas encontradas: pasado y futuro, tradición y modernidad, participando así de ese mismo estatus *jánico* en virtud del cual intenta “propulsarse hacia delante reteniendo al mismo tiempo los vínculos con la tradición” (Dorca, 2015: 13). Ahora bien, cabe cuestionarse este planteamiento del costumbrismo como Jano (y de España como Jano, en un contexto más amplio), en contrapunto con el relato de las dos Españas enfrentadas: como bien ha señalado Andreu Miralles, esta “metanarrativa” (2016: 198) se diluye cuando se tiene presente la dimensión discursiva inherente al concepto de modernidad y el hecho de que no existe un concepto unívoco de ella, sino múltiples modernidades (199).

Dos elementos presentes en la literatura costumbrista han contribuido a perpetuar la consideración de su naturaleza conservadora: la nostalgia por el pasado y la necesidad de fijar o retener el presente. Por un lado, la mirada nostálgica al pasado parece serlo en tanto implica la consideración de que “cualquier tiempo pasado fue mejor” y, de hecho, se ha hablado de “tradicionalismo nostálgico”, como apunta Álvarez de Miranda (Escobar, 1984: 98) y de “conservadurismo nostálgico” (Sosnowski, 1996: 136), convirtiendo tal rasgo en un adjetivo calificativo consustancial a la perspectiva tradicional y conservadora. Montesinos fijaba esta perspectiva al establecer que el propósito de los escritores costumbristas es “dar fe de un cambio, de una revolución, de una evolución que ha transformado la faz de todo el país o de alguno de sus rincones pintorescos, y desahogar, entregándose al recuerdo, la nostalgia de todo lo desaparecido y olvidado” (Montesinos, 1965, 44) y de ahí la búsqueda de lo castizo y la sátira de todo lo moderno y extranjero. Sin embargo, un examen detenido de los textos costumbristas contradice esta perspectiva ya que hubo una “amplia gama de grises” en la forma en la que los escritores españoles se enfrentaron a Europa y a la modernidad que esta representaba, y, en este sentido, se da la paradoja de que “se podía ser defensor de una españolidad muy castiza y, al mismo

tiempo, abogar de forma radical por la modernidad europea. La obra de Larra como la de Mesonero está bañada de claroscuros” (Andreu Miralles, 2016: 200).

Por otro lado, el deseo de captar el presente, por su parte, suele implicar crítica, rechazo o miedo ante el futuro y, en consecuencia, la defensa de valores tradicionales. No obstante, el registro del presente no tiene por qué suponer una oposición al cambio: puede fundamentarse también en la clara conciencia de las inevitables transformaciones sociales y en la voluntad de ofrecer a las siguientes generaciones un autorretrato colectivo, aunque no sin cierto vértigo hacia los cambios derivados de la modernidad. Basta con examinar algunos discursos costumbristas para percatarse de ello. Tomemos, por ejemplo, las introducciones programáticas de la colección panorámica española por excelencia, *Los españoles pintados por sí mismos*, en sus dos ediciones (1843 y 1851), en contrapunto con una de las primeras críticas que mereció esta obra colectiva. Si nada más ver la luz José María de Andueza, quien celebraba los postulados del catolicismo *chautebriandiano*⁸, expuso (si bien no exento de ironía) que el objetivo de esta obra es “no dejar en el tintero uno solo de los pocos tipos originales que aún conservamos” y alude a “nuestras viejas costumbres”, al “carácter puro español” y a la “primitiva nacionalidad” acosadas ante el “espíritu de extranjerismo que hace años nos avasalla” (1843: vii)⁹, tan solo ocho años más tarde, en 1851, el anónimo autor del prólogo, menos interesado en valorar ese comportamiento colectivo por el cual, parafraseando a Andueza, los españoles “rinden vasallaje” a lo francés, y remarcando que no cuestiona el “rejuvenecimiento” de la sociedad española como fruto del influjo francés, se limita a señalar sus consecuencias y a defender que tanto los extranjeros como las nuevas generaciones de españoles podrán conocer la “España tradicional” a través de este libro:

[L]a sociedad entera se está rejuveneciendo y la moda francesa nos ha ido desnudando pieza por pieza para vestirnos al inestable [*sic*] capricho de ese pueblo [...]. Yo no digo que en esto haga ni bien ni mal el pueblo español y la sociedad entera. Si lo hace, sus razones tendrá. Lo que digo es que vamos perdiendo todas aquellas facciones de aquella fisonomía especial que nos distinguía de los demás pueblos de la tierra [...]. La España tradicional, la España de nuestros abuelos, tendrán entonces que venir a buscarla nuestros nietos y los extranjeros en este libro, en que están *Los españoles pintados por sí mismos* (Anónimo, 1851: 1).

⁸ Recuerda Aymes que Andueza “celebra al escritor francés por haber hecho del catolicismo el punto culminante de todos los intereses humanos” (1998: 25) y que sus artículos, cuentos y novelas históricas revelan un evidente romanticismo conservador y moralizante.

⁹ La cita completa, que se consigna por su interés, dice así: “No ha sido sin embargo este el más grave de los inconvenientes que se han tocado: el mayor de todos era la elección de tipos. Y aquí encajaba como de molde una sentida lamentación acerca de nuestras viejas costumbres, tan trocadas, tan desconocidas hoy, merced no solo a las revoluciones y trastornos políticos, como algunos imaginan, sino también al espíritu de extranjerismo que hace años nos avasalla, y que nos hace abandonar desde el vestido hasta el carácter puro español, por el carácter y vestido de otras naciones, a las cuales pagamos el tributo más oneroso; el de la primitiva nacionalidad. Pero como no nos place lamentarnos de males que no podemos remediar, haremos gracia al lector de las frases plañideras que el asunto nos inspiraría, rogándole que, como por vía de consuelo, pare mientes en que nos hemos propuesto no dejar en el tintero uno solo de los pocos tipos originales que aún conservamos” (Andueza, 1843: vii).

La voluntad de fijar tipos tiene un valor, pues, documental, testimonial, etnográfico. Por su parte, desde la tribuna del periódico progresista *Eco del Comercio*, Ramón de Castañeira, uno de los primeros críticos que examinó la obra, aun partiendo igualmente del tópico de la fijación de tipos para el presente y la posteridad, quiso poner el acento en su valor histórico y sociológico por encima de consideraciones políticas:

Reunir en una colección de artículos críticos los tipos que constituyen la sociedad española del siglo XIX no es un pensamiento nuevo, pero sí fecundo en útiles resultados para la generación presente y para nuestros sucesores, y si desde Teofrasto hasta nuestros días se hubiera escrito un libro cada año que contuviera la exacta pintura de los contemporáneos, no anduviéramos [*sic*] en el día desterrando viejas y empolvadas crónicas para buscar un supletorio a la historia, que con dificultad hallamos algunas veces.

Es un hecho tan singular como constante la poca atención que se ha dado siempre por los escritores a los usos, costumbres, trajes y placeres de la generación de que formaban parte, así que solo nos han transmitido escenas sangrientas de batallas perdidas y ganadas, conquistas y pactos comunes a todos los siglos, cuyo estudio reducido a retener de memoria un orden correlativo de fechas ni contribuye a vuestro [*sic*] recreo, ni sirve para ningún fin útil y provechoso a la sociedad. [...]

El cesante, el exclaustrado, la viuda, el contratista, el agente de bolsa, el ministro amovible... He aquí mil tipos, mil caracteres desconocidos de nuestros padres, y aun de nosotros mismos, por poco que retrocedamos a los tiempos de nuestra infancia. ¿Y no hemos de sentir que, en cada año, o cuando menos en cada revolución política, no haya aparecido un libro de caracteres semejante al nuestro? ¿De qué nos sirve saber que Carlos IV abdicó y que el Príncipe de la Paz perdió un ojo en Aranjuez, mientras ignoramos cómo vivían Carlos IV y el Príncipe de la Paz? (Castañeira, 1843: 3).

Defiende así el crítico el valor de las costumbres privadas y domésticas para la construcción de una historia civil que pudiera trascender la historia política y diplomática dominante de la época, exponiendo una concepción que contaba con adeptos como Pietro Giannone en Italia, Voltaire en Francia, August Ludwig von Schlözer en Alemania o Gaspar Melchor de Jovellanos, Manuel José Quintana y Larra en España (Peñas Ruiz, 2017: 477-480). Así, Castañeira concibe el artículo de costumbres como herramienta auxiliar de la historia civil, doméstica, frente al conocimiento del dato histórico hueru dominante en la historiografía de la época. En suma, pondera el valor de la colección de *españoles pintados* como testimonio histórico, mostrando plena consciencia de la transitoriedad y la fugacidad de una sociedad en constante cambio mediante un discurso liberal burgués de la modernidad muy recurrente en los textos costumbristas; de hecho, como es sabido, la complejidad de fijar tipos y costumbres en permanente transformación es todo un *leitmotiv* en ellos, como muestran, por ejemplo, los artículos de Mesonero Romanos:

La actual generación debe a su posteridad una noticia exacta de lo que es, de cómo viste, de cómo come, de cómo se divierte [...]. *El año de 1843 empieza y a fines del mismo el libro será ya viejo*. El cambio será palpable, porque la sociedad marcha a paso acelerado, gracias a las luces que por todas partes se difunden y que en todas partes se utilizan. [...] Ofrezcamos al público no solo nuestro busto, sino todas nuestras buenas y malas

cualidades, haciendo resaltar el ridículo [...] así tendrán nuestros hijos [...] un libro donde aprendan a conocer las costumbres privadas (Castañeira, 1843: 3; la cursiva es nuestra).

Años más tarde, a las puertas de 1860, el anónimo autor del prólogo a *Los valencianos pintados por sí mismos* se ubica en esta misma línea de pintar el presente para el futuro; su pretensión ahora es facilitar “la tarea de los futuros arqueólogos cuando traten de exhumar y reconstruir la sociedad actual” con un libro en el que “la sociedad se ve casi en su totalidad contornada por caricaturas” *verdaderas* y que posee un “fin eminentemente moral y de doctrina, y demasiado enlazado con el estudio del hombre” (Anónimo, 1859: s. p.):

Al lector tocará decidir si hemos alcanzado a llenar el importante objeto que nos inspiró la idea de recoger a toda prisa y fijar de una manera permanente tipos que quizá no tarden en desaparecer [...]. *Escribimos para la posteridad, y también para nuestros contemporáneos*. [...] fijamos una imagen fugitiva antes que la borre la pesada mano del tiempo y disecamos por decirlo así para conservarlas varias plantas indígenas que de otra suerte amenazan agostarse [...] (Anónimo, 1859: [4-6]; la cursiva es nuestra).

Todos los anteriores son ejemplos sintomáticos de cómo la fijación de tipos y costumbres puede evidenciar una ambición protosociológica y antropológica tanto como el gusto por lo pintoresco y la nostalgia de lo tradicional y popular; en la base de esta literatura hay, sin duda, una fuerte conexión con las tradiciones y con su conservación, sin que ello reste a esta literatura la modernidad estética que supone llevar al papel la conciencia del cambio y el progreso, desde una fuerte perspectiva crítica en muchos casos. A partir de esta base, cada autor se enfrentó de distinto modo a este escenario de transición social profunda, lo que genera las distintas poéticas particulares que pueden y deben identificarse dentro del costumbrismo, que nunca fue un bloque homogéneo, en el hipotético caso de que pueda hablarse incluso de “bloque”.

Es más, las costumbres, en tanto “repertorio de prácticas comunes” que “configuran a través de su representación textual y visual el cuadro observable de la vida social de un pueblo” (Velayos, 2015: 95), son en sí mismas puro “perspectivismo y contraste” (Baquero Goyanes, 1963), pero consideradas en cada momento histórico revelan muy diferentes aristas. Por cuanto respecta a su cristalización temática bajo la forma de artículo periodístico, pensemos que la descripción y crítica de las costumbres contemporáneas aflora en España a fines de la Década Ominosa y que se desarrolla ampliamente en un momento histórico de profundo cambio sociopolítico en el que, como explicó Ayala Aracil:

[...] las fuerzas progresistas y las reaccionarias pugnan entre sí tratando de acelerar o atrasar, respectivamente, el curso de los acontecimientos. De ahí que los escritores de costumbres oscilen entre la nostálgica pintura de una forma de vida que tiende a desaparecer arrastrada por los cambios que inexorablemente se registran y aquéllos que mediante el análisis, la reflexión, la sátira y la ironía pretenden potenciar el propio cambio social (Ayala Aracil, 2002: 54).

De estas dos modalidades escindidas, “el costumbrismo nostálgico, que trata de retener un mundo que se va, y el costumbrismo progresista, que, condenando el atraso social, se dispara hacia un porvenir luminoso y avanzado” (Asensio, 1965: 140), la primera, la correspondiente al supuesto costumbrismo nostálgico y reaccionario, es la que ha primado en las interpretaciones críticas del fenómeno desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, mientras que la segunda, esa parte del costumbrismo enraizada en la idea de progreso, ha sido prácticamente soslayada, hasta el punto de que la propia etiqueta de “costumbrismo progresista” se interpretaría hoy día y en gran medida como un oxímoron (del mismo modo que el apelativo “conservador” aplicado a esta literatura se entendería como redundante). Esto se debe a que la crítica ha solido enaltecer el valor de la vertiente meramente documental del costumbrismo, aquella que, como bien señaló el mismo Asensio, supone “la saturación descriptiva del naturalismo, donde el ambiente, y no el hombre, sirve de protagonista” (1965: 140), obviando la sólida base crítica con intención satírica, didáctica y moralizante que subyace a los fundamentos estéticos del costumbrismo. Así, se ha solido primar el componente popular, tradicional y descriptivo como motor generador del costumbrismo de la primera mitad del siglo XIX frente a ese otro motor verdadero de crítica y sátira que sostiene esa otra vertiente, nada desdeñable, de un costumbrismo urbano, crítico y satírico, lo que se ha traducido en términos interpretativos en una visión preponderante del costumbrismo como fenómeno castizo, nacionalista y conservador. Cabe elevar aquí un nuevo cuestionamiento, sin embargo, pues ni lo nostálgico es siempre reaccionario por necesidad, ni las tradiciones y lo popular son reductos del pensamiento reaccionario o conservador. No cabe duda de que “la construcción de la nación supone la invención de narrativas colectivas”, como planteó en su momento Jusdanis (en Álvarez Junco, 2009: 227) y que, en esas narrativas colectivas textualizadas durante la primera mitad del siglo XIX, la idea de pueblo en tanto *comunidad imaginada* (Anderson, 2013) ha jugado un notable papel. Como explica Homi K. Bhabha, los pueblos no son solo “hechos históricos o partes de un cuerpo político patriótico” (2002: 182):

Son también una compleja estrategia retórica de referencia social; su reclamo de representatividad provoca una crisis dentro del proceso de significación e interpelación discursiva. Tenemos entonces un territorio conceptual cuestionado donde el pueblo de la nación debe ser pensado en doble tiempo; los pueblos son los “objetos” históricos de una pedagogía nacionalista, que le da al discurso una autoridad basada en un origen previamente dado o históricamente constituido en el pasado, los pueblos son también los “sujetos” de un proceso de significación que debe borrar cualquier presencia previa u originaria del pueblo-nación para demostrar los prodigiosos principios vivientes del pueblo como contemporaneidad, como signo del presente a través del cual la vida nacional es redimida y repetida como proceso reproductivo (Bhabha, 2002: 182).

A la luz de ese desdoblamiento, el artículo de costumbres se erige como una herramienta de construcción cultural de la nación; como uno más de los “relatos sociales

y literarios” que, al igual que el teatro, la novela histórica, el romancero o los panteones y galerías de artistas y escritores, erigen al pueblo y a la nación en “sujetos y objetos inmanentes” en el marco de “las complejas estrategias de identificación cultural y discursiva” (Bhabha, 2002: 182).

En esa identificación entre el pasado y el presente que se produce en la plasmación de costumbres y tipos sociales prestos a desaparecer en virtud del cambio histórico, puede afirmarse que el costumbrismo se presenta como un modo de escribir y registrar la modernidad de la nación como acontecimiento cotidiano a la vez que histórico, respondiendo así a la problemática de la modernidad de las naciones occidentales (Bhabha, 1990: 293): por un lado, tematiza el presente, ocupándose de las costumbres de la vida cotidiana mientras que, por otro, evidencia un discurso autorrepresentativo que pone de manifiesto las preocupaciones por la contemporaneidad en su vínculo con el pasado.

Esta duplicidad conecta con la confrontación entre autenticidad y artificio que se aprecia en el costumbrismo español, singularmente en lo que atañe a la dificultad de ofrecer una visión fiel de la realidad española en un momento de profunda transformación social, de consolidación del estado burgués y de construcción de la identidad nacional. Como ha mostrado Ramón Espejo-Saavedra, en este contexto las diversas propuestas estéticas por parte de los autores tienen que ver con su compromiso ideológico, con “su manera particular de crear una imagen literaria de la realidad nacional” (2015: 218), lo que deviene en el retrato de diversas Españas (una por cada autor que la retrata) y, en suma, en las diferentes interpretaciones del pasado nacional y del futuro al que es preciso aspirar. Es el escenario controvertido de la “política de la estética” que permea insistentemente el costumbrismo, donde se privilegia “el plano de las costumbres como la dimensión sobre la que la política y la literatura deberían intervenir” (Velayos, 2015: 111). En este sentido, siendo innegable que el escritor de costumbres “suele partir de una moral, de una política, de una ideología en suma” como afirmó Juan Ignacio Ferreras (como acontece a cualquier clase de escritor, por otra parte), no es cierto, como continúa el crítico, que dicha ideología “al no ser debatida en la obra, atraviesa incólume la misma” (en Ayala Aracil, 2022: 107); antes bien, como venimos examinando, el artículo de costumbres es escenario y altavoz de las tensiones entre la tradición y la modernidad, siempre a caballo entre pasado, presente y futuro, una posición ante la que resulta imposible no tomar partido.

5. CONCLUSIONES

Tras esta revisión de las conexiones y fricciones entre costumbrismo, conservadurismo y nacionalismo cabe concluir que el costumbrismo está lejos de ser expresión literaria de una sensibilidad conservadora; más bien, se ha catalogado así debido a que en la interpretación crítica de sus ambivalencias siempre se han destacado los elementos que lo vinculan con la tradición y el pasado, considerados estos como

elementos reaccionarios, en detrimento de aquellos que lo conectan con el progreso y el futuro. Las ambivalencias y claroscuros que hemos sacado a la luz contradicen esta visión y conectan con anteriores abordajes de este fenómeno como literatura moderna y renovadora. La propia dicotomía a la que se pretende someter ha de ser deconstruida por inoperante, pues constituye una de esas oposiciones binarias en las cuales “uno de los términos se impone al otro (axiológicamente, lógicamente, etcétera), se encumbra” (Derrida, 1977: 56).

Tal como ha quedado patente en las páginas anteriores, ni el costumbrismo en su conjunto es conservador, ni los costumbristas fueron siempre exponentes de una postura monolítica; antes bien, evidenciaron en sus escritos las contradicciones y tensiones inherentes a la época de profundas transformaciones sociopolíticas que les tocó vivir y que el costumbrismo elevó a materia literaria. Carece de sentido seguir insistiendo en la contraposición entre dos tipos de costumbrismo, encarnados en las figuras de Larra y de Mesonero Romanos, puesto que hay más concomitancias que divergencias en su aceptación de los cambios impuestos por la modernidad y en su forma de afrontar las visiones de España y de los españoles difundidas por los extranjeros. La radical separación entre ambos autores, iniciada ya por el propio Mesonero y perpetuada a lo largo de su obra, no es tal si se examinan con detenimiento sus textos y las posiciones que reflejan, que impiden continuar confrontándolos en términos de casticismo frente a europeísmo, o de tradición frente a modernidad.

En definitiva, la tensión que esta literatura acusó desde sus orígenes entre fuerzas conservadoras y progresistas es fruto de su naturaleza temática y ontológica ambivalente, así como de las interpretaciones ideológicas y estéticas que de ella se han hecho en el decurso del tiempo. Sin embargo, dicha tensión no puede invalidar la innovación que supuso el costumbrismo en los años 30 y 40 del siglo XIX, ni distorsionar la recepción crítica de uno de los fenómenos estéticos de nuestra modernidad literaria, de la que fue síntoma y discurso. En este sentido, uno de los retos a los que se enfrenta la crítica actual consiste en repensar el costumbrismo desde su comprensión como exploración de la identidad cultural, entendida esta como construcción semiótica que permite a los escritores indagar, a partir de las costumbres, en las (auto)concepciones y representaciones sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (1998). “En torno a las nociones de andalucismo y costumbrismo”. En *Costumbrismo andaluz*, J. Álvarez Barrientos y A. Romero Ferrer (eds.), 11-18. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- ____ (2000). “Acreditar el costumbrismo”. *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas* 637, 3-4.

- ____ (2004). “El Barroco en el debate dieciochesco sobre la identidad nacional”. En *Temas del Barroco hispánico*, I. Arellano y E. Godoy (eds.), 11-23. Pamplona: Universidad de Navarra / Iberoamericana Vervuert.
- ____ (2013). “El costumbrismo, preso en la construcción de la historia literaria nacional”. En *El costumbrismo, nuevas luces*, D. Thion Soriano-Mollá (coord.), 23-39. Pau: Presses de l’Université de Pau et des Pays de l’Adour.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. (2009). *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.
- ALTEZ, Y. (2016). “Hermenéutica y configuración histórica de identidades culturales”. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* 22.44, 63-80.
- ANDERSON, B. (2013). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ANDREU MIRALLES, X. (2016). *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*. Barcelona: Taurus.
- [ANDUEZA, J. M.^a de] (1843). “Introducción”. En *Los españoles pintados por sí mismos*, vol. 1, v-viii. Madrid: Ignacio Boix.
- [ANÓNIMO] (1851). “Introducción”. En *Los españoles pintados por sí mismos*, vol. 1, i. Madrid: Gaspar y Roig.
- [ANÓNIMO] (1859). “Prólogo”. En *Los valencianos pintados por sí mismos. Obra de interés y lujo escrita por varios distinguidos escritores*, [3-6]. Valencia: Imprenta de la Regeneración Tipográfica de Ignacio Boix.
- ASENSIO, E. (1965). *Itinerario del entremés*. Madrid: Gredos.
- AYALA ARACIL, M. Á. (2002). “El costumbrismo visto por los escritores costumbristas: algunas definiciones”. En *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX*, L. F. Díaz Larios, J. Gracia, J. M.^a Martínez Cachero, E. Rubio Cremades y V. Trueba Mira (eds.), 51-58. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- ____ (2022). “Las colecciones costumbristas en la segunda mitad del siglo XIX: *Los españoles de ogaño*”. En *Estudios literarios*, 101-122. Alicante: Universitat d’Alacant / Real Sociedad Menéndez Pelayo.
- AYMES, J.-R. (1998). “Romanticismo español y espiritualismo: afinidades y antinomias”. En *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX: idealismo, positivismo, espiritualismo*, Y. Lissorgues y G. Sobejano (coords.), 21-37. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- BAQUERO GOYANES, M. (1963). “Perspectivismo y crítica en Cadalso, Larra y Mesonero Romanos”. En *Perspectivismo y contraste (de Cadalso a Pérez de Ayala)*, 11-41. Madrid: Gredos.
- BHABHA, H. K. (1990). “DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation”. En *Nation and Narration*, H. K. Bhabha (ed.), 291-322. New York: Routledge.
- ____ (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

- BOURDIEU, P. (1995). *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- BRAVO, N. (2005). “Costumbre y tradición: la cultura popular entre la rebeldía y el conservadurismo”. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 105, 481-504. Disponible en línea: <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i105.4151> [15/01/2023].
- CALVO SERRALLER, F. (2005). *Los géneros de la pintura*. Madrid: Taurus.
- CASTAÑEIRA, R. DE (1843). “Parte literaria. *Los españoles pintados por sí mismos*”. *Eco del Comercio*, 30 de enero [2.^a época, núm. 152], 3.
- CERTEAU, M. de (2000). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- DERRIDA, J. (1977). *Posiciones. Entrevista con Jacques Derrida*. Valencia: Pre-Textos.
- DORCA, T. (2015). *Las dos caras de Jano. La guerra de la Independencia como materia novelable en Galdós*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- _____ (2018). “Al servicio de la nación: praxis narrativa, visión de la historia y construcción del ‘yo’ en *Memorias de un setentón* de Ramón de Mesonero Romanos”. *Decimonónica. Revista de Producción Cultural Hispánica decimonónica* 15.1, 18-31.
- ELIAS, N. (1988). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ESCOBAR ARRONIS, J. (1984). “Más sobre los orígenes de civilizar y civilización en la España del XVIII”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* 33, 88-114.
- _____ (1988). “La mimesis costumbrista”. *Romance Quarterly* 35, 261-270.
- _____ (1996). “Costumbrismo: estado de la cuestión”. En *Romanticismo 6. Actas del VI Congreso. Nápoles, 27-30 de marzo de 1996. El costumbrismo romántico*, 117-126. Roma: Bulzoni / Centro Internacional de Estudios sobre el Romanticismo Hispánico / Istituto Italiano per gli Studi Filosofici.
- _____ (1998). “Un costumbrista gaditano: Ángel Iznardi (*El Mirón*), autor de ‘Una tienda de montañés en Cádiz’ (1833)”. En *Costumbrismo andaluz*, J. Álvarez Barrientos y A. Romero Ferrer (eds.), 47-68. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- _____ (2000). “La crítica del costumbrismo en el XIX”. *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas* 637, 5-7.
- ESPEJO-SAAVEDRA, R. (2015). *Autenticidad y artificio en el costumbrismo español*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, L. M. (1997). “Mesonero Romanos, agente de negocios: correspondencia inédita con Remigio García de Caamaño”. *Hispanic Review* 65.3, 317-328.
- GOFFMAN, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GUILLÉN, C. (1994). “Imágenes nacionales y literatura”. *Anales de Literatura Española* 10, 117-145.
- HARRIS, M. (2001). *Antropología cultural*. Madrid: Alianza.

- HERRERO, J. (1978). “El naranjo romántico: esencia del costumbrismo”. *Hispanic Review* 46.3, 343-354.
- KIRKPATRICK, S. (1978). “The Ideology of Costumbrismo”. *Ideologies and Literature. A Journal of Hispanic and Luso-Brazilian Studies* 2.7, 28-44.
- MONTESINOS, J. F. (1965). *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*. Madrid: Castalia.
- NAIRN, T. (1975). “The Modern Janus”. *New Left Review* 1.94, 3.
- ____ (1981). *The Break-up of Britain. Crisis and NeoNationalism*. London: Verso.
- NISBET, R. (1995). *Conservadurismo*. Madrid: Alianza.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1966). “Azorín. Primores de lo vulgar”. En *El Espectador. Obras completas*, vol. 2, 157-191. Madrid: Revista de Occidente.
- PEÑAS RUIZ, A. (2009). “Una aproximación al costumbrismo desde la crítica periodística: Manuel de la Revilla”. En *Literatura hispánica y prensa periódica (1875-1931): actas del congreso internacional, Lugo, 25-28 de noviembre de 2008*, J. Serrano Alonso, A. de Juan Bolufer (coords.), 137-148. Lugo: Universidade de Santiago de Compostela.
- ____ (2011). “Entre literatura y pintura: poética pictórica del artículo de costumbres”. En *Literatura ilustrada decimonónica. 57 perspectivas*, B. Rodríguez Gutiérrez y R. Gutiérrez Sebastián (eds.), 41-64. Santander: Universidad de Cantabria.
- ____ (2012). “Artículos de costumbres y fisiologías literarias: espejos y espéculos de la sociedad (1830-1850)”. En *Literatura i spectacle. Literatura y espectáculo*, R. Alemany Ferrer y F. Chico Rico (eds.), 433-447. Alicante: Sociedad Española de Literatura General y Comparada / Universitat d’Alacant.
- ____ (2014). *El artículo de costumbres en España (1830-1850)*. Vigo: Academia del Hispanismo.
- ____ (2015). “El Curioso Parlante en el teatro de los pseudónimos”. *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas* 70.827, 18-22.
- ____ (2016). “Revisión del costumbrismo hispánico: una historia cultural transnacional”. En *Revisitar el costumbrismo: cosmopolitismo, pedagogías y modernización en Iberoamérica*, F. Martínez-Pinzón y K. Soriano Salksjelsvik (eds.), 31-52. Frankfurt am Main: Peter Lang.
- ____ (2017). “Miradas de lo insignificante: de la *it-fiction* a las nuevas formas de hacer historia”. En *La historia en la literatura española del siglo XIX*, J. M. González, M. L. Sotelo, M. Cristina, H. Gold, D. Thion, B. Ripoll y J. Cáliz (eds.), 473-492. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- PÉREZ VEJO, T. (2003). “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”. *Historia Mexicana* 210.2, 275-311.
- PLA VIVAS, V. (2001). “Manual de uso costumbrista. El proyecto de utilidad en la representación gráfica de viajeros y curiosos a mediados del siglo XIX”. *Acto. Revista de Pensamiento Artístico Contemporáneo* 0, 34-74. Disponible en línea: <https://reacto.webs.ull.es/pg/n0/4.htm> [15/01/2023].

- RÍOS CARRATALÁ, J. A. (2004). “El nuevo costumbrismo de siempre”. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 13, 301-317. Disponible en línea: <https://doi.org/10.5944/signa.vol13.2004.6098> [15/01/2023].
- SOSNOWSKI, R. (1996). *Lectura crítica de la literatura americana. La formación de las culturas nacionales*, vol. 2. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- THION SORIANO-MOLLÁ, D., coord. (2013). *El costumbrismo, nuevas luces*. Pau: Presses de l’Université de Pau et des Pays de l’Adour.
- TORRECILLA, J. (2016). *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*. Madrid: Marcial Pons.
- VARELA IGLESIAS, J. L. (1979). “Larra, diputado por Ávila”. En *Estudios sobre la literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, N. Marín y A. Gallego Morell (eds.), 3, 515-546. Granada: Universidad de Granada.
- ZAVALA, I. M. (1991). “Señoritos, bandidos, rebeldes, románticos: semiótica de la cultura”. En *Historia y Crítica de la Literatura Española* [dir. F. Rico]. Vol. 5/1 [Primer suplemento]: *Romanticismo y Realismo*, I. Zavala (coord.), 241-242. Barcelona: Crítica.



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).

Fecha de recepción: 18/01/2023

Fecha de aceptación: 18/07/2023